

Las tareas del Ejército Rojo. Discurso a los comandantes y trabajadores políticos del Distrito Militar de Moscú

**León Trotsky
25 de octubre de 1921**

(Versión al castellano de Vicent Blat desde “The Tasks of the Red Army. Address to the Commanders and Political Workers of the Moscow Military District, in the Zimin Theatre, October 25, 1921”, en León Trotsky, *Materials and Documents on the History of the Red Army, The Military Writings and Speeches of Leon Trotsky How the Revolution Armed, Volume IV: The Years 1921-23*, en formato pdf sin numeración; también para las notas. [Trotsky Internet Archive](#) (descargado el 1 de abril de 2024). Pronunciado en el Teatro Zimin, el 25 de octubre de 1921; texto de los archivos.)

Camaradas. Todos percibimos y somos conscientes de que la vida interna de nuestro país está entrando en una especie de nueva fase de su desarrollo, que el mañana no será como el ayer o, al menos, distará mucho de serlo en todos los aspectos. Decimos, y escriben nuestros periódicos, que hemos pasado de un período de guerra a un período de construcción económica. Y esto es cierto, en general; es decir, es cierto en el sentido de que hoy no tenemos frentes de guerra serios. Las fuerzas del país se concentran cada vez más en el trabajo económico.

Pero, ¿significa esto que nuestro ejército está condenado en los próximos meses o, al menos, en los próximos años, a quedar gradualmente reducido a la nada? Yo no lo creo, y vosotros tampoco, porque, desgraciadamente, la situación mundial aún no da pie para semejante pronóstico. Todavía hay muchos nudos internacionales, mundiales, sociales y de clase que habrá que cortar a espada. Y en esta lucha mundial entre las diferentes fuerzas sociales, que durará todavía muchos años, el Ejército Rojo está destinado (todos estamos seguros de ello) a desempeñar un papel muy activo y digno de su acero. Y en el umbral de esta época que se avecina es necesario, camaradas, que nos miremos a nosotros mismos, que miremos la situación que nos rodea y, en particular, al Ejército Rojo, y que formulemos lo más clara y perfectamente posible nuestras tareas y deberes actuales.

La situación internacional del país soviético (y de ello depende el papel y la importancia del ejército, la cuestión que más nos preocupa a nosotros, los trabajadores del departamento de guerra) es hoy incomparablemente mejor que hace tres años, dos años o un año. Este es un hecho que nadie puede poner en duda. Y lo confirma mejor y más agudamente un pequeño, pero muy llamativo, acontecimiento que se ha producido; a saber: la división entre los emigrados rusos.

Vosotros sabéis que la historia ha procedido de tal manera que se han formado dos Rusias. Está la que vive dentro de las fronteras soviéticas, lucha, construye, sufre carencias, pasa hambre, comete errores y los corrige; y está la que ha salido de nuestras fronteras con el odio en el corazón y con rechinar de dientes, la que durante todos estos años ha estado luchando sin éxito contra nosotros, junto con las fuerzas del imperialismo europeo y mundial.

Y cuando, incluso hace poco tiempo, se cogían periódicos burgueses europeos (independientemente de que fueran británicos, franceses o alemanes) y se leía sobre Rusia, sólo se podía deducir como conclusión final de un artículo que se refiriese a Rusia: Rusia que está en Constantinopla, en París, en Serbia, Yugoslavia, o la que está en Rusia.

Los emigrados tienen una composición social definida. Su núcleo está constituido por terratenientes y burgueses, pero han arrastrado a su paso a una enorme masa de

intelectuales rusos cultos que están relacionados por nacimiento, parentesco y el carácter de su educación, con las anteriores clases dominantes. Entre los emigrantes blancos hay un número especialmente elevado de oficiales del antiguo ejército. La guerra civil como gran conflicto entre dos fuerzas, entre el pueblo trabajador y sus antiguos amos, ha finalizado en términos generales y haciendo abstracción de pequeños episodios aislados. Hoy los emigrados, incluido el elemento de la oficialidad entre ellos, están sentados junto al abrevadero roto de sus antiguas esperanzas, sacando conclusiones, repasando los más y los menos, y tratando de determinar lo que deparará el mañana: hay muchos periódicos rusos publicados en el extranjero, y hasta hace poco todos escribían, en el lenguaje abiertamente monárquico que es corriente en Europa, exactamente el mismo tipo de artículos, en un tono de odio implacable hacia la Rusia soviética, obrera y campesina. Como era comprensible, ni una sola voz se alzó en las páginas de estos periódicos en defensa de nuestros esfuerzos creadores, de nuestros intentos y empeños en corregir los errores cometidos.

Pero ahora, durante los últimos meses, ha aparecido una clara y definida escisión entre los emigrados guardias blancos, incluida su ala de oficiales. Ha surgido un grupo claramente definido de personas, con nombres de peso en el mundo de los guardias blancos (estudiosos y políticos), que empiezan a reconocer que la época en que existían dos Rusias llegó a su fin con el período de la guerra civil, con la victoria concluyente de esta Rusia, victoria debida, en gran medida, al Ejército Rojo, que es, en carne y hueso, parte de esta Rusia obrera y campesina.

Tengo aquí en mis manos un libro publicado en Praga con el título *Smena Vej* (Un cambio de hitos); los *veji* (hitos) se colocan a lo largo de una ruta señalando la dirección adecuada. Los autores de este libro afirman que ha llegado un periodo en el que es necesario cambiar de *waymarks* y orientarse en la Rusia soviética. Aquí está la lista de los autores (habla por sí misma). El antiguo jefe del Osvag de Kolchak (el departamento de información y agitación, que combinaba las funciones de nuestros departamentos políticos y secciones especiales), el profesor de la Universidad de Moscú, Ustryalov¹; el antiguo jefe del Osvag de Denikin, en Rostov, el profesor Chajotin; el antiguo jefe del ministerio de asuntos exteriores de Kolchak, el profesor Klyuchnikov²; el antiguo abogado y escritor de los periódicos blancos, y anteriormente del *Novoie Vremia* de Suvorin, el octubrista Bobrishchev-Pushkin; un profesor del liceo ruso de París, Lukyanov; y Potekhin. Esta es la llamativa y variopinta lista de los seis autores que han dado a luz en Praga este libro, *Smena Vej*. Se trata de un síntoma extremadamente significativo.

En primer lugar, permitidme citar la descripción que hacen de los emigrados y su actitud hacia Rusia, y aquí os pido que recordéis que los oradores son antiguos octubristas, partidarios de Kolchak, cadetes en el mejor de los casos. Esto es lo que dice Potekhin: “Es difícil amar a la Rusia de hoy, una Rusia de hambre, sangre, suciedad y enfermedad. Pero era demasiado fácil amar a la Rusia de ayer, cuando tenía la mejor harina blanca del mundo, el azúcar más dulce y más blanco, el vodka más limpio, más fuerte; demasiado fácil para los que tenían todo lo que querían de todo eso. Estaban tan acostumbrados a vivir a sus anchas, dulce y alegremente, en esta Rusia golpeada, que, cuando la harina, el

¹ N.V. Ustryalov trabajó como profesor en la Universidad de Harbin, en Manchuria, de 1920 a 1934, y luego regresó a Rusia. En 1937 fue detenido y murió en prisión al año siguiente.

² Yu. V. Klyuchnikov actuó en 1922 como asesor en cuestiones de derecho internacional de la delegación soviética en la Conferencia de Génova. Regresó a Rusia en 1923, fue detenido en 1937 y murió en prisión al año siguiente.

azúcar y el vodka desaparecieron de repente, les pareció que la propia Rusia había desaparecido. A mucha gente todavía les parece lo mismo”³.

No se puede concebir una sátira más despiadada del terrateniente, del burgués y del oficial de los guardias blancos y de los emigrados intelectuales.

Este mismo autor describe más adelante la actitud de estos emigrados ante nuestra hambruna del Volga. Esto es lo que escribe: “En los hospitalarios países eslavos, en los elegantes vestíbulos del Hotel Majestic de París, los rusos saborean las noticias sobre el cólera y la hambruna en Rusia, mastican voluptuosamente las cifras de millones de víctimas y añaden amorosamente a los horribles hechos sus propias invenciones aún más horribles. Un periódico serio informa de que, en Moscú, la gente irrumpe en los cementerios para robar cadáveres, y “se ha establecido” que estos cadáveres se dan de comer a los cerdos, mientras que un respetado profesor calcula que dentro de 17 años sólo quedarán vivos en Rusia unos cientos de miles de personas [...]. Da miedo pensar en esas almas muertas”⁴. He aquí un retrato social, de clase y político de esa parte de los inmigrantes que no quieren reconciliarse con nosotros.

Permitidme citar la estimación del poder soviético, el Ejército Rojo y nuestra situación interna ofrecida por Bobrishchev-Pushkin, el antiguo escritor de *Novoie Vremia* y octubrista de ayer. Huyó de la Rusia soviética para unirse a Denikin. Sobre ello escribe aquí “Mi primera impresión, cuando crucé el frente y me dispuse a rezar por los voluntarios y su bandera tricolor, fue la de las historias contadas por los oficiales que se jactaban de las torturas que habían infligido a los prisioneros y del número de los que habían ahorcado”⁵.

Está lejos de estar de acuerdo con todo lo que tiene que ver con el poder soviético, y lo critica. Rechaza el terror; pero reconoce que el terror, el terror rojo, fue en gran medida impuesto al poder soviético por el curso de la lucha contra las antiguas clases dominantes que se negaban a renunciar a sus privilegios materiales. Y así, este Bobrishchev-Pushkin, el antiguo octubrista que se pasó a los blancos y rezó por los voluntarios y la tricolor, ha llegado por el camino del patriotismo al reconocimiento de la Rusia soviética, del poder soviético. Describe detalladamente a los antiguos ministros (hay muchos en el extranjero) y cita anécdotas para ilustrar el desprecio que se siente en Europa por esta “gente caduca”; cuando alguien recibía una paliza (en París, si no me equivoco), se decía: “Lo siento, la policía pensaba que era un ministro ruso”⁶. Describe su humilde y miserable situación, la perpetua postura de sombrero en mano con la que imploran una nueva intervención, otro ataque a la Rusia soviética. Más adelante dice: “Compárese con esto la actitud del gobierno soviético hacia Gran Bretaña, cómo ha defendido el honor y la dignidad de Rusia, cómo ha hecho que Gran Bretaña adopte un tono adecuado hacia Rusia, pero sobre un plano de igualdad”. Además, es un patriota, y debo decir unas palabras al respecto.

El patriotismo de las clases propietarias es una superestructura erigida sobre sus intereses materiales. El terrateniente quiere conservar su finca, el fabricante quiere conservar su fábrica. Estas fincas y fábricas están dentro de las fronteras del país, y esas fronteras están defendidas por el ejército, por lo que el terrateniente está a favor del ejército, del gobierno. Es patriota mientras el ejército y el gobierno protejan sus intereses como terrateniente. El meollo del patriotismo es la preocupación por la propiedad, y el

³ *Smena Vekj*, página 167.

⁴ *Smena Vej*, páginas 169-170.

⁵ *Smena Vej*, página 119.

⁶ *Smena Vej*, página 133. Bobrishchev-Pushkin escribió que “hace poco, en cierto país amigo, la policía pidió disculpas a unos turistas que habían sido apaleados, diciendo que les habían pegado porque pensaban que eran rusos”.

propio patriotismo es la cáscara que protege el núcleo de la propiedad privada. Tan pronto como ese núcleo deja de pertenecer al capitalista o al terrateniente, éste rompe la “cáscara” estatal, que se ha convertido, hasta ahora es lo que le concierne, en una cosa vacía, sin utilidad para él, y pide ayuda al exterior.

Pero cierto sector de la intelectualidad, incluidos los antiguos oficiales, que, en virtud de su pasado y educación, estaban relacionados con la clase burguesa y los terratenientes, han aprendido a distinguir entre este núcleo de propiedad y su cáscara pseudopatriótica, y se han dado cuenta de que los verdaderos intereses del país están siendo defendidos y sostenidos únicamente por el poder obrero y campesino. Además, Bobrishchev-Pushkin y los demás autores declaran, con razón, que nunca como ahora en la historia el nombre de Rusia ha sido tan estimado y ha ejercido tanta influencia entre muchos millones de personas, e incluso en los círculos reales y ministeriales. Os leeré las palabras de Bobrishchev-Pushkin: Rusia, exhausta y hambrienta, goza ahora, en la conciencia de la masa de los pueblos de todo el mundo, de una posición sin precedentes. Antes era el anatema de los pueblos, el bastión de toda la reacción, el gendarme internacional, y ahora es considerada por todas las masas como una libertadora. Este es un hecho indudable que no puede negar en ningún país europeo ningún observador concienzudo del estado de ánimo de las masas”⁷. Y más adelante: “Todos piensan lo siguiente: si en Rusia, gente como nosotros pudo derrocar el poder del capitalismo, entonces nosotros también podemos hacerlo. ¿En qué somos inferiores a los rusos? Se dice que han cometido errores, crímenes, que han llevado las cosas a la ruina. Eso no es de extrañar: lo que están haciendo es algo nuevo. Pero hay que aprender de la experiencia de los demás, entonces será posible evitar cometer errores”⁸. Esa es la actitud de muchos millones de personas, como señala el antiguo octubrista. Habla incluso del Ejército Rojo, y podría citar pasajes de cada artículo, pero eso me llevaría demasiado tiempo, así que me limitaré a lo mínimo.

El Ejército Rojo es el factor que más impresiona e influye en el pensamiento del mejor y más honorable sector de los elementos patrióticamente inclinados entre los emigrados, especialmente los militares, que saben que un ejército no se construye agitando una varita, que un ejército refleja los sentimientos y las capacidades de las amplias masas del pueblo. Aprecian que el ejército que se está creando y perfeccionando aquí, el ejército obrero y campesino de Rusia, es la prueba más elevada de las profundas raíces que posee el gobierno obrero y campesino. “El poder soviético [dice Bobrishchev-Pushkin] protege a Rusia, y para proporcionar esta protección está creando un ejército de tres millones de hombres. Estoy profundamente agradecido [escribe] a los especialistas militares de *Obshcheie Dielo* (La Causa Común) [*Obshcheie Dielo* es el periódico que más nos odia; lo publica en París Burtsev] que, con sus artículos informativos me han ayudado a comprender la posición de Rusia: han mostrado brillantemente lo temerario que sería intentar derrocar a un gobierno capaz de gestionar así los asuntos militares, estableciendo tal disciplina y reclutando a tantos antiguos especialistas.”⁹ Dirigiéndose a los blancos con los que huyó de Rusia, dice: “Vosotros no podéis hacer lo que ellos están haciendo, porque vuestro ejército estaba formado sólo por oficiales, y todos los demás servían sólo porque se les obligaba a ello”¹⁰. Más adelante, habla con ironía de los ministerios y gobiernos de Europa: “Reconozcan o no al gobierno soviético, un ejército

⁷ Smena Vej, página 134.

⁸ Smena Vej, página 232.

⁹ Smena Vej, página 141.

¹⁰ Bobrishchev-Pushkin escribió (Smena Vej, página 141): “Los ejércitos blancos, a los que se unían de buen grado los oficiales, pero no los campesinos, y en los que siempre, a pesar de las sangrientas conscripciones llevadas a cabo, había muy pocos soldados...”

de tres millones de hombres es algo que ninguna potencia de Europa posee, y que tiene que ser reconocido”¹¹. Como sabéis, ahora estamos reduciendo el tamaño del ejército, y hablaremos de ello más adelante. Pero estamos haciendo y haremos todo lo que esté en nuestras manos para que la reducción de sus efectivos vaya acompañada de un aumento de su capacidad combativa.

Surge la pregunta: ¿Es posible una contrarrevolución, un golpe de estado, en nuestro país? ¿Podría ser derrocado el poder soviético? A esta pregunta nuestro autor, Bobrishchev-Pushkin, responde que un golpe contrarrevolucionario sería una calamidad muy grande (ésta es la opinión general que sostienen también Ustryalov y Klyuchnikov). Significaría el caos, la desintegración, la transformación del país, como país independiente, como pueblo independiente, en un cadáver que sería despedazado por los depredadores del imperialismo mundial. Pero no existe ninguna fuerza capaz de llevar a cabo este golpe contrarrevolucionario. Es cierto que se producen levantamientos armados (el libro fue escrito después de la revuelta de Kronstadt y durante la revuelta de Tambov, lo que es un hecho particularmente digno de mención: salió a la venta en julio de este año)¹². Pero esto es lo que dice el autor: “El pueblo, aunque a menudo critica duramente al poder soviético y manifiesta su descontento con él, lo considera, sin embargo, como propio, y barrió a todos los que hacían campaña contra él”. Escribe sobre el poder soviético como un hombre que está fuera de él, que critica y denuncia, que habla de tiranía y opresión, pero reconoce que el pueblo considera a este poder como a su poder: algo pobre, pero suyo¹³. “El pueblo distingue entre la institución real del poder soviético y sus malos representantes. Tienen un lenguaje común con él, una camaradería, si se quiere. El descontento del pueblo, los levantamientos locales, todas estas disputas con el poder soviético, todas se producen ‘en familia’. En una familia, después de todo, la gente a veces se tira muebles y la vajilla unos a otros. Pero el pueblo no permitirá que ningún otro poder sustituya al poder soviético en Rusia”¹⁴. Esta es la conclusión a la que llega este antiguo octubrista, una conclusión que, repito, no se limita a él solo, sino que ha sido extraída por un grupo numeroso, cada vez más numeroso, de entre los emigrados, el sector mejor y más idealista de ellos.

He aquí otra cita, del artículo de otro de los autores, Potekhin: “La revolución rusa trazó una línea tan nítida a través de toda la historia de la humanidad que la cronología de una nueva era vendrá a contarse a partir de su fecha, al igual que ocurrió con la aparición del cristianismo o el descubrimiento de América. Tras la revolución rusa, los pueblos entraron por primera vez en el escenario de la historia mundial. Por primera vez surgió en un papel histórico mundial el pueblo ruso de 100 millones de habitantes, tan rico espiritualmente e infinitamente poderoso físicamente, este pueblo que sólo ahora, en la tormenta de la revolución, ha nacido como nación”¹⁵.

Ofrece un ejemplo realmente sorprendente, algo a lo que no hemos prestado suficiente atención. “Basta señalar el hecho, poco considerado hasta ahora, de la existencia en 1918-1919 de la República Soviética de Turquestán. Completamente aislados de Moscú, rodeados por todos lados por los ejércitos de Kolchak, Dutov, Denikin y las fuerzas de ocupación británicas, privados de transportes, combustible y pan, los

¹¹ *Smena Vej*, página 144.

¹² Bobrishchev-Pushkin escribió en *Smena Vej* (página 97) que no había que depositar ninguna esperanza en “Kronstadt”, porque aquellos rebeldes no estaban a la derecha sino a la izquierda de los bolcheviques: “Quien encuentre odioso el bolchevismo debería encontrar aún más odiosa la anarquía”.

¹³ *Smena Vej*, página 128.

¹⁴ (Touchstone, sobre su amante Audrey, en *As You Like It* de Shakespeare).

¹⁵ *Smena Vej*, página 173.

bolcheviques de Turquestán pudieron resistir, manteniendo el poder en sus manos, durante un período de dieciocho meses”¹⁶

Estos patriotas se acercan al poder soviético a través de la puerta del patriotismo. No hay comunistas entre ellos: son, repito, patriotas idealistas que se han tomado la molestia de pensar en lo que les deparará el mañana. Es un hecho de una significación extremadamente profunda, sintomática, también para nuestro Ejército Rojo, porque en este ejército, sobre el que llama la atención uno de los autores, Bobrishchev-Pushkin, ocupan un lugar importante los antiguos oficiales del antiguo ejército. Algunos de estos oficiales vinieron a servir en nuestro ejército desde el principio, por convicción ideológica: otros se pusieron a su disposición automáticamente, sin pensarlo; mientras que un tercer grupo sólo por accidente no lograron escapar, quedaron atrapados en los engranajes del ejército soviético y así se quedaron con él.

Pero ahora ha llegado el momento de resumir las cosas y definir la propia actitud ideológica hacia el poder soviético y el Ejército Rojo. Este libro (no tenemos, por desgracia, suficientes ejemplares) debería ser leído por cada antiguo oficial regular y, en general, por cada oficial del antiguo ejército. Sin duda, ayudaría mucho en la cuestión de la autodeterminación ideológica, porque, como dije al principio, hemos entrado en una nueva época. Esta época planteará mayores exigencias ideológicas a cada uno de nosotros. En medio de la agitación de la guerra civil y de los intentos de ocupación extranjera realizados por los explotadores, a los que tuvimos que responder, no tuvimos que definir con precisión nuestras relaciones mutuas dentro del ejército, y muchos dejaron para otro día la cuestión de su actitud ideológica hacia el ejército, mientras algunos esperaban a ver quién salía vencedor en la encarnizada lucha.

Ahora estamos pasando de este vivac ideológico, de esta forma de vivir “de alguna manera”, de este estado de improvisación, a unas condiciones más asentadas, organizativas, económicas e ideológicas. Empezamos a construir y a asentarnos. Sé, camaradas, que aquí todo es aún demasiado frágil, demasiado pobre. En esta nueva obra nuestra hay más virtudes y escombros que muros recién levantados. Aún no hemos llegado al punto en que podamos poner un techo en esta nueva casa: ¡pero lo alcanzaremos! Aquellos que lucharon ferozmente contra nosotros, pero que han aprendido a reflexionar, lo reconocen, y debemos comprender que ya no existen dos Rusias, una en Rusia y otra en el extranjero. Hoy, como atestiguan estos autores, las esperanzas de intervención, de injerencia militar en nuestro país, han sido abandonadas incluso por la mayoría de los emigrados, y hoy esta nueva Rusia, a pesar de su pobreza, hambre y frío, es un factor muy importante en el desarrollo mundial. Y en este nuevo factor el Ejército Rojo ocupa un lugar excepcionalmente grande.

Debo decir que los autores del libro incluso exageran las ganancias y ventajas de nuestra posición internacional. Hablan, sin matices, de la absoluta imposibilidad de que se libere alguna lucha contra la Rusia soviética desde el exterior. Señalan la actitud entusiasta de las masas obreras hacia nosotros, que impide a los gobiernos de Europa lanzar a sus ejércitos contra nosotros. La actitud de los obreros y campesinos hacia nosotros, especialmente la de las masas obreras de Europa y América, es ciertamente tal que dificulta un ataque contra nosotros, pero es imposible afirmar que siempre podrán impedirlo.

Hace poco estuvimos casi al borde de la guerra con Polonia Blanca¹⁷. El momento crítico pasó, pero ¿significa esto que tenemos la garantía absoluta de que nunca volverá?

¹⁶ *Smena Voj*, página 175. Potekhin continúa diciendo que esto refuta la idea de que bastaría con capturar Moscú porque así el bolchevismo estaría acabado.

¹⁷ El 18 de septiembre de 1921 Polonia presentó a la RSFSR un ultimátum que contenía una serie de exigencias relativas al cumplimiento del Tratado de Riga (devolución de prisioneros de guerra, liberación

Por supuesto que con una Polonia dirigida por la clase obrera nunca podríamos encontrarnos en guerra, al igual que no puede haber guerra entre nosotros y la Georgia soviética o el Azerbaiyán soviético. Pero con una Polonia dirigida por una camarilla militar chovinista que quiere la guerra, podemos encontrarnos en guerra sin tener la culpa. En primer lugar, el propio crecimiento del movimiento revolucionario puede impulsar a una clase dominante en decadencia por el camino de la aventura brutal (ha habido ejemplos de ello más de una vez en la historia) y, por supuesto, si nos atacan, lucharemos. Y entonces supongamos una segunda variante: que la clase obrera toma el poder en Polonia (y el movimiento revolucionario, comunista, soviético, ha avanzado allí recientemente con botas de siete leguas), y Rumania y Hungría atacan a este movimiento soviético de Polonia (un intento de golpe monárquico contrarrevolucionario está en marcha precisamente en Hungría, como nos cuentan los periódicos de hoy)¹⁸.

Entonces, ¿mantendremos una actitud tranquila y expectante ante tal evolución? De eso no cabe duda: tenemos deberes insolubles para con la clase obrera de todos los países, que ahora impiden que sus gobiernos nos ataquen. En consecuencia, podemos vernos obligados a hacer la guerra cuando seamos atacados, o cuando sean atacados nuestros amigos y hermanos, a quienes es nuestro deber ayudar.

¿Y por cuánto tiempo se mantendrá esta situación? Muchos de nosotros creíamos, hace tres o dos años, que la revolución se abalanzaba sobre Europa como un tornado poderoso, rápido y triunfante, que barrería a los viejos gobiernos en pocos meses o un año, pero no ha sido así. Esto no significa que nuestra estimación de la situación haya cambiado radicalmente: el desarrollo del movimiento revolucionario ha resultado ser más lento de lo que queríamos y esperábamos. Ahora también vemos, con absoluta y metódica claridad, que la caída del capitalismo mundial y del imperialismo es inevitable. De ello hablan estos autores, hombres que no son comunistas ni socialistas, sino los cadetes y octubristas de ayer. Observando la vida en Europa, hablan de la inevitabilidad de la revolución social. No voy a cansar vuestra atención con citas, sino sólo a expresar una vez más el deseo de que este libro llegue a manos del mayor número posible de comandantes y comisarios.

El ritmo de desarrollo de la revolución mundial ha demostrado ser mucho más lento. Eso significa que la lucha entre la burguesía y la clase obrera, en todos los países, será intensa, prolongada y enconada. Puede durar no sólo un año o dos, sino, si tomamos el escenario mundial en su conjunto, décadas enteras, con nuevos intentos de tomar el poder, con la intensificación de la guerra civil, con períodos de calma y con un renovado recrudecimiento de la lucha encarnizada. Esta perspectiva es, por supuesto, muy dura; pero, camaradas, no nos corresponde a ninguno de nosotros cambiar las leyes del desarrollo humano y regular la historia. Debemos saber esperar: encontrar nuestro camino entre las causas objetivas de los fenómenos históricos y sacar las conclusiones correspondientes.

de rehenes, pago de contribuciones, etc.) con la amenaza de que, si no se cumplían antes del 1 de octubre de 1921, el representante polaco sería retirado de Moscú.

¹⁸El 22 de octubre, el antiguo emperador de Austria-Hungría, Carlos, llega a Hungría y avanza sobre Budapest con sus partidarios, con el objetivo de llevar a cabo un golpe de estado monárquico. Su intento fracasa. Tras varios días de enfrentamientos con las tropas del gobierno húngaro en las afueras de Budapest, los seguidores de Carlos son derrotados y él cae prisionero. Tras el derrocamiento del gobierno de Bela Kun, se restauró formalmente la monarquía en Hungría. Sin embargo, las potencias aliadas no permitieron que ningún miembro de la familia Habsburgo ocupara el trono, por lo que el líder de la contrarrevolución, el almirante Horthy, fue proclamado regente. Cuando Carlos, que había sucedido a Francisco José como emperador de Austria y rey de Hungría en 1916, intentó en 1921 hacer valer por la fuerza su pretensión de ocupar el trono húngaro, fue rechazado por Horthy y deportado por los Aliados.

¿Qué significa este hecho, que la lucha entre la clase obrera, el pueblo trabajador y los explotadores en todo el mundo continuará aún durante años y decenios? Significa que nuestra situación internacional cambiará: que, tras un período de relaciones comerciales e incluso, tal vez, tras el reconocimiento del poder soviético, habrá intentos de la burguesía convulsivamente enardecida por aplastarnos. Por otra parte, habrá momentos en que tendremos que arrojar nuestra espada en la balanza de la revolución mundial por iniciativa propia. Los escritores que he citado dicen, hablando desde un punto de vista que no es el nuestro, no el de los comunistas, sino el del patriotismo ruso, que para el desarrollo del poderío de Rusia lo más beneficioso es el desarrollo de la revolución mundial, mientras que la victoria de la contrarrevolución significa el estrangulamiento, el saqueo y el desmembramiento de Rusia. Esto es un hecho; y nunca los intereses básicos más elementales de un pueblo, de un país, de una nación se han fundido tan completamente con los intereses de una revolución como hoy en nuestra Rusia soviética. Y puesto que nuestra situación internacional, y por tanto nuestra situación interna, está inseparablemente ligada al desarrollo y al curso de la lucha de clases y de la guerra a escala mundial; puesto que esta lucha y esta guerra a escala mundial se prolongarán durante muchos años más, pasando de un estado de cosas encubierto a un período de guerra abierta aguda, esto significa que el Ejército Rojo es aún más necesario para nosotros, para nuestra lucha. Mañana (hablo, naturalmente, en sentido histórico), es decir, en el período inmediatamente posterior, tendremos que luchar, armas en mano, y no contra fuerzas kolchakistas o denikinistas improvisadas a toda prisa, no contra ejércitos nobiliarios y burgueses polacos creados y armados apresuradamente por el imperialismo francés. No, cada día de retraso que pasa significa que tendremos que luchar con ejércitos debidamente organizados, instruidos y armados según la última palabra de la técnica europea. Nuestra política económica y nuestra política militar se basan enteramente en esta estimación de la situación, en esta previsión.

En el ámbito económico, permitidme decir unas palabras al respecto, porque está estrechamente relacionado con las tareas de la construcción del ejército; en el terreno económico hemos dado un giro brusco desde el monopolio y la requisita del grano hacia los impuestos en especie y los excedentes del libre comercio¹⁹. Hemos abierto las puertas al pequeño comercio y a los concesionarios, hemos pasado al abandono por parte del estado de una parte considerable no sólo de la pequeña sino también de la mediana industria. El estado como propietario, como industrial, ha concentrado sus fuerzas en una cabeza de puente mucho más estrecha. ¿Qué significa esto? Nuestros enemigos, por supuesto, lo han interpretado como un fracaso, una rendición, un repudio de nuestro programa. Ciertamente, sería indigno del gobierno obrero y campesino describirlo como una victoria. Es un retroceso. En sí misma, no es ni una derrota ni una victoria. Una retirada después de una derrota es, por supuesto, sólo la expresión externa de esa derrota. Pero una retirada puede tener el carácter de un paso estratégico, incluido en el concepto de una gran maniobra compleja. Y nuestra retirada económica es una retirada de carácter estratégico. Como militares, podemos entenderlo mejor que nadie.

Es indudable que no calculamos nuestras fuerzas en la esfera de la organización económica, y no lo hicimos porque no esperábamos tener que enfrentarnos a tres años y medio de guerra civil ininterrumpida, y porque contábamos con un desarrollo más rápido de la revolución mundial en Europa, con recibir ayuda de la tecnología alemana, que está tardando más de lo que esperábamos en pasar a manos de la clase obrera alemana. Y así, contando con un progreso más rápido de la revolución mundial, con poder dedicar la

¹⁹ La Nueva Política Económica fue acordada en principio en el X Congreso del Partido Comunista Ruso (b), en el que, tras un informe del camarada Lenin, se tomó la decisión, el 15 de marzo de 1921, de sustituir el sistema de entregas obligatorias por un impuesto en especie.

novena parte de nuestras fuerzas, las fuerzas del estado obrero y campesino, a la economía, el gobierno obrero y campesino puso la mano sobre toda la industria del país. No pudo con ella, se encontró con que había conquistado una porción demasiado grande del antiguo territorio enemigo. Había que ocuparlo, organizarlo, defenderlo de ataques externos. Y nosotros decimos: no, tenemos que retirarnos, abandonar una parte considerable de este territorio, para preservar y concentrar nuestras fuerzas.

Entregamos a la burguesía una parte de la industria, es decir, las pequeñas y medianas empresas, y limitamos nuestras propias tareas a la organización de la industria a muy gran escala. Sin embargo, hemos conservado en nuestras manos lo que es de mayor importancia, tanto militar como económicamente: los ferrocarriles y los transportes. Hemos mantenido el control sobre la economía en su conjunto, y posteriormente atraeremos a la esfera del estado, es decir, de la economía socialista, a aquellas empresas que son privadas o semiprivadas, en la medida en que consolidemos nuestra cabeza de puente en la industria a gran escala. Esta es la idea fundamental.

Estamos abriendo la puerta a los concesionarios. ¿Con qué objetivo? Para que, a través de su experiencia, podamos aprender a organizar la parte de la industria a gran escala que ha quedado en nuestras manos. De un grupo de empresas a gran escala, mantenemos tres, cuatro o cinco de cada seis, en manos del estado. En el resto atraeremos capital extranjero, que traerá consigo nueva tecnología, nuevos métodos y prácticas laborales, y así podremos aprender a organizar y mejorar nuestra tecnología.

No es una rendición, pero tampoco una victoria. En una lucha siempre hay factores que es importante tener en cuenta, lápiz en mano, adelantándose a los acontecimientos. Los militares lo saben. Si esos cálculos previos fueran posibles, no habría guerras. Un bando se limitaría a presentar una reclamación al otro. Pero esto no sucede, porque tal cálculo previo es imposible. En la guerra desempeñan un papel colosal los factores cambiantes en la relación de fuerzas, la moral del ejército, su ímpetu, las relaciones mutuas entre comandantes y soldados, etc. ¿Qué decir de la economía? La economía es cien veces más compleja que la guerra. Estamos librando un duelo ininterrumpido con el capital mundial, que, ya sea con la espada en la mano, ya sea con el comercio, ya sea con las concesiones, ya sea con las ofertas de ayuda filantrópica a los hambrientos, está siempre ante nosotros, cargando a sus espaldas con una soga que no tendría inconveniente en echarnos al cuello y tensar. En esta lucha tenemos que enviar partidas de reconocimiento, y éstas a veces penetran demasiado lejos. La nacionalización de todas las empresas industriales fue un gigantesco reconocimiento de ese tipo, basado en el cálculo de que, si la revolución mundial se desarrollaba rápidamente, deberíamos tomar el control y organizar la economía. Resultó que nuestra vanguardia se había adelantado demasiado. Nuestras reservas pesadas, los campesinos, resultaron estar mal preparadas. Había que elevarlos a un nivel cultural superior, liberarlos del analfabetismo. Así que la vanguardia tuvo que retroceder. Se trata de un repliegue de carácter estratégico, que forma parte de un gran plan operativo y que se cumplirá a lo largo de años y décadas, mientras construimos una Rusia socialista.

De ello se deduce que, con semejante perspectiva ante nosotros, debemos considerar de forma práctica la construcción del Ejército Rojo. Para bien o para mal, se nos ha concedido un respiro histórico. Esto se debe, sobre todo, a las victorias obtenidas por las armas del Ejército Rojo: vuestras victorias, camaradas. ¿Cuánto durará el respiro? No lo sabemos. Desde hace casi un año llevamos a cabo una reducción sistemática del tamaño del ejército. Ahora es, o será en un futuro próximo, sólo un tercio de lo que era hace poco más de un año. Esta reducción se debe a nuestra situación económica en su conjunto. No podemos mantener un ejército de tres millones de hombres en tiempos de paz. Por consiguiente, la reducción es inevitable.

De ello se desprende también la necesidad de mejorar la composición cualitativa del Ejército Rojo. En el Ejército Rojo, como en el ejército de cualquier país, se entrecruzan y se refractan todos los aspectos frágiles y fuertes de nuestro pueblo y de nuestro estado. En la cuestión del personal de mando, en la del equipamiento y educación del soldado del Ejército Rojo, en la del mantenimiento de los caballos de nuestro ejército, en la más pequeña de las cuestiones, nuestros aspectos negativos y positivos se reflejan como en una gota de agua.

¿Cuál es nuestra fundamental desdicha? Hay que decir, francamente, que es el insuficiente nivel cultural de las amplias masas populares. Toda nuestra historia pasada ha significado que, sobre una masa indiferenciada de campesinos, aplastada contra la tierra, se cernía la pesada nube negra de la autocracia. Esto no cayó del cielo, sino que creció históricamente. Fue la forma inevitable de autodefensa de un pueblo atrasado, disperso en una inmensa llanura y rodeado de enemigos. Más tarde, la historia planteó nuevas exigencias. Las viejas formas de estado entraron en contradicción con el desarrollo del pueblo. Pero la falta de diferenciación, la ausencia de voluntad individual, personal, constituyó la principal y básica desgracia del campesino ruso.

Esta voluntad fue manifestada por primera vez por los obreros urbanos en su lucha contra el zarismo. Levantaron a los campesinos a su paso. Por supuesto, cuando los campesinos quemaban las propiedades de los terratenientes, destruían los aperos de labranza y el ganado, hacían cantar al “gallo rojo” en las granjas mejor cultivadas, se trataba de una actividad muy brutal, destructiva y anticultural. Pero, al mismo tiempo, significaba, a pesar de las formas bárbaras que asumía, el despertar de la voluntad individual, de la iniciativa personal y de la conciencia de las masas. En ese momento, el pueblo dejó de ser sólo tierra negra, estiércol, para nacer como factor independiente en los asuntos de estado. Los autores de *Smena Vej* tienen razón cuando afirman que la gran revolución rusa hizo nacer al pueblo ruso como nación. Antes eran las clases privilegiadas, los nobles, los terratenientes, los altos burócratas, los que hablaban en nombre de la nación, mientras que el pueblo no era más que estiércol histórico, del que fue surgiendo poco a poco la clase obrera. La revolución asestó un duro golpe al desarrollo económico del país, pero no fue más que el nacimiento de una nueva sociedad. De la revolución surgió un pueblo nuevo, con una personalidad despierta. Sobre esta personalidad podemos construirlo todo, incluido el nuevo ejército.

Pero esto no significa que las viejas características y costumbres estén condenadas a desaparecer, que nos hayamos liberado completamente de ellas. No. Todos recordáis cómo, de la lucha revolucionaria contra la disciplina adormecedora del zar, de la nobleza y de los viejos oficiales, surgió el guerrillerismo, el majnovismo. Ese fue el vástago de la individualidad independiente, que asumió, en el período inicial, una forma destructiva de toda disciplina y de cualquier forma de sociedad. Pero, pronto, el instinto del pueblo le dijo que las cosas no podían seguir así, y de ahí surgió la lucha conjunta que libramos contra el guerrillerismo, contra los métodos “caseros” en todas las esferas, y sobre todo en la esfera militar. Esta lucha triunfó precisamente porque el instinto de los obreros nos apoyó, y sobre la base de ese instinto podemos construir el ejército. Ya se ha construido, pero sólo a grandes rasgos. Tenemos unos cimientos sólidos, pero el armazón se ha erigido sólo “de cualquier manera” sobre esos cimientos. Y ahora esta nueva época de construcción económica, organizativa e ideológica, exige que pasemos a métodos más precisos y que mejoremos lo que hemos construido.

Las graves consecuencias de nuestra falta de cultura pesan sobre nosotros en todos los ámbitos. Citaré aquí un rasgo que me parece característico. Nuestros comandantes se quejan siempre de que nuestra gente es incapaz de explotar un éxito parcial, independientemente de quién lo haya logrado: un regimiento, una división o todo un

ejército. La explotación de un éxito logrado es la habilidad que necesitamos más que ninguna otra, y que es más difícil de adquirir. Esto se debe, por supuesto, a varias razones. Las insuficiencias de la formación táctica y las insuficiencias operativas desempeñan un papel en este sentido. Pero lo que subyace detrás de todo es un cierto rasgo psicológico. Indudablemente, nuestros nuevos comandantes, que proceden y seguirán procediendo de las filas de los campesinos y obreros, no han desarrollado aún esa intensa fuerza de voluntad que no se cansa en la persecución de su objetivo. Si nos fijamos, digamos, en los comandantes de la vieja Alemania, que ya no existen y nunca volverán a aparecer (Hindenburg es un ejemplo acabado del tipo, pero allí tienen hindenburgs también en niveles inferiores, hasta comandantes de pelotón), vemos que todos están imbuidos de un espíritu único, persistencia en la búsqueda de su objetivo: llevan el éxito hasta el final, hasta la completa destrucción y derrota del enemigo. Esta voluntad de victoria no cae del cielo. Se dice que se explica por el carácter nacional; pero, si es así, ¿por qué sólo los oficiales alemanes, los junkers, tienen este carácter, y no los obreros y campesinos? Eso significa que es una característica de clase, no nacional. En nuestro país se manifestó en un grado mucho menor. Nuestros nobles eran más débiles y despreciables. Pero, sin embargo, también en Rusia, entre los antiguos oficiales, la mayoría de los cuales eran de origen noble, surgió cierto grupo que poseía esa cualidad, absolutamente indispensable en la guerra.

Pero cuando el obrero consigue algún pequeño éxito (y aquí radica nuestro infortunio), le parece que ya lo ha conseguido todo. La clase obrera no ha sido capaz de crear un cuerpo de comandantes que se den cuenta de que en una lucha no puede haber parones, que cada éxito tiene que llevarse hasta el final, hasta la destrucción completa del enemigo; no su destrucción física, sino su destrucción como enemigo activo. En la guerra civil la clase obrera triunfa sobre el enemigo, que se rinde temporalmente, el pueblo celebra su victoria, afloja su energía; y el enemigo mientras tanto reúne sus fuerzas, estudia los puntos débiles de su adversario, se organiza y asesta duros golpes al pueblo, causando asombro entre los que habían salido victoriosos el día anterior. El pueblo retrocede y sus líderes vuelven a pasar a la clandestinidad.

Este es el patrón exterior de toda revolución. Se debe, repito, al hecho de que, aunque las masas trabajadoras oprimidas poseen el espíritu de rebelión, carecen del instinto y de la voluntad férrea de poder, de destrucción del enemigo, y están dispuestas a darse por satisfechas demasiado fácilmente con los resultados obtenidos. El obrero es “bonachón” en la lucha, ésa es su desgracia. La bondad en la lucha es el mayor de los crímenes, ya que acarrea sacrificios innecesarios, porque una lucha que no se ha llevado a término requiere una nueva lucha. Al igual que un bosque que no ha sido talado a fondo volverá a crecer, un enemigo que no ha sido eliminado revivirá y habrá que combatirlo de nuevo. La implacabilidad y la inexorabilidad en la lucha es el grado más alto de humanidad, si se puede decir así, porque significa que la lucha se hace lo más corta posible.

Por eso digo que la incapacidad de nuestros comandantes para explotar al máximo cada éxito parcial y fragmentario se debe precisamente a esta cualidad de contentarse demasiado fácilmente con sus éxitos. Los comandantes tienen una tarea muy grande, la de instruir y educar a nuestro Ejército Rojo. Se dice que nuestra herencia de falta de cultura nos limita muy a menudo de manera cruel, y vemos con particular claridad que esto es así en estos momentos de cambio, cuando pasamos de una situación de guerra a una de paz. Recientemente he hablado más de una vez de hasta qué punto nuestro pasado nos ha dejado mal preparados para un trabajo constructivo en detalle. Antes eran las clases altas las que construían el estado, mientras las clases bajas trabajaban bajo el látigo. Ahora las clases bajas se han sublevado y han expulsado a las clases altas. Este levantamiento,

esta revuelta de las clases bajas, no ha tenido, por supuesto, un acabado minucioso, sino que ha sido un trabajo llevado a cabo de forma arrolladora; el instrumento más delicado utilizado fue el garrote con el que el campesino cazó y mató al terrateniente. Ésa era la premisa necesaria para la nueva época. Todo el pasado obligaba al campesino a quemar al terrateniente, exterminarlo y librar una guerra civil. Para hacer tortilla hay que romper huevos. Todo esto no podía proporcionar el tipo de educación que se necesita para la construcción sistemática, y ahora tenemos que dar un giro brusco y abrupto.

Y aquí, camaradas, no nos enfrentamos a una tarea amplia y general que pueda llevarse a cabo con un solo golpe o un solo levantamiento. Cuando el enemigo nos golpeó, lanzamos la consigna: “¡Proletarios, a caballo!”. Y creamos una fuerza de caballería que, aunque con muchas deficiencias, obtuvo la victoria y aplastó al enemigo. Ese trabajo se llevó a cabo bajo la terrible presión de la férrea necesidad. Pero ahora estamos pasando de tareas como ésta a tareas de naturaleza más prosaica.

Es aquí donde tropezamos con las mayores dificultades, pues todo nuestro pasado nos ha conducido a este resultado: que el héroe obrero (y esto es cierto no sólo para el soldado raso, sino muy a menudo también para el comandante) morirá mucho antes y más fácilmente a caballo por la república soviética que cuidando de que su caballo esté preparado como y cuando debe estarlo. Esto, camaradas, es un hecho indudable, en el que se expresa esa misma falta de educación individual y personal: no hemos aprendido a realizar tareas y quehaceres pequeños, cotidianos y minuciosos. Sin embargo, todo se construye a partir de ellos.

Podríamos haber aplastado a los blancos antes de llegar a Varsovia, cuando incursionamos tan lejos, pero, en lugar de eso, nos vimos obligados a retirarnos. Es muy fácil ir demasiado lejos cuando la base está mal preparada. La improvisación es inevitable en la guerra, pero ¿en qué sentido? En el sentido de que hay que estudiar la situación dada, considerar rápidamente la relación de fuerzas y modificar el propio plan cuando resulte necesario. Pero no debe haber improvisación en la esfera de los asuntos cotidianos de abastecimiento dentro de cada unidad, en la esfera de la formación para los deberes elementales, para tomar las medidas establecidas en nuestros reglamentos en materia de comunicaciones, seguridad, reconocimiento, etcétera. Estos asuntos de escuela, estas tareas de escuela, que no son sino la condensación de toda la experiencia militar anterior, deben penetrar la carne y la sangre de cada soldado y comandante. Esto no es así en la actualidad, camaradas; no, todavía no lo es en la medida necesaria.

Es precisamente nuestro pasado (tuvimos que improvisar un ejército, reunirlo a toda prisa) lo que nos ha llevado a métodos en los que contamos sobre todo con el entusiasmo, con la moral. Digo esto, por supuesto, no queriendo decir que no necesitemos una moral alta (siempre es necesaria, los ejércitos no ganan victorias sin que el factor moral desempeñe su papel), sino que por debajo de esa moral debe haber una base sólida y seria de trabajo minucioso y detallado, de exigencia minuciosa y atenta hacia los demás para que la tarea pueda cumplirse. En los asuntos militares no hay nimiedades: en los asuntos militares, como en todos los asuntos serios, cada nimiedad desempeña un papel muy importante. Al fin y al cabo, toda una máquina está hecha de pequeños tornillos. La casa más grande y colosal se construye con pequeños ladrillos, y si los ladrillos no se han cocido correctamente, si las vigas no son sólidas, toda la estructura no sirve para nada. Si el edificio se derrumba, puede enterrar a un gran número de personas, y si se derrumba un ejército, enterrará a su gente. De ello se deduce que la atención a las pequeñas cosas es un deber sagrado.

Esto se vio con especial claridad después de las maniobras.

Todo nuestro *material* era excelente, el plan del ejército era correcto, la moral estaba mejor que nunca, los comandantes estaban en disposición de luchar; sólo esperaban

impacientes para arrojar al enemigo al Dniéster²⁰. No queríamos ni queremos la guerra. Pero cuando un ejército está dispuesto a luchar, está bien, porque un ejército que no quiere luchar no es un ejército. Y no es ningún secreto que había buenas razones para luchar contra alguien. Todos los elementos necesarios estaban presentes, pero, junto a ellos, también un enorme número de pequeños defectos, como los que pueden traer consecuencias fatales, ruinosas. El mejor plan operativo, un concepto napoleónico, no vale nada si no llega al comandante subordinado adecuado en forma de orden. Para que le llegue, hay que tomar medidas: tiene que ser enviada a tiempo, y no como ocurrió con una orden, que fue enviada en motocicleta, pero la motocicleta se atascó a dos o tres verstas de su destino; y esta orden no había sido enviada por ningún otro medio de transporte. ¿Acaso el comandante, después de redactar una orden, tiene que preocuparse por una motocicleta u otra? Su trabajo es escribir órdenes e interpretarlas, y luego se envían “de alguna manera”. Se envían “de alguna manera”, y entonces descubre que no han llegado. Toda la operación se va al traste. O bien ocurre lo siguiente. Se compone una orden excelente, por la que la artillería debe llegar a un punto determinado a las 2 en punto; pero el oficinista la copia mal y en lugar de las 2 pone las 12 en punto. Esto no es más que una nimiedad, que se deja sin comprobar y sin corregir, pero la operación sufre graves daños por ello. O bien la orden llega a su destino y allí se rascan la cabeza. El lugar y la hora mencionados no tienen sentido, así que en el cuartel general subordinado empiezan a intentar averiguar qué se supone que significa esa orden, y a partir de los fragmentos construyen su propio plan. Eso es lo que ocurre por un error de mecanografía, o por una motocicleta defectuosa que no se complementa con otros medios de transporte. Un plan bien pensado fracasa. La orden debería haber sido comprobada tras su transcripción, sellada y despachada por dos o tres medios diferentes, teniendo en cuenta las condiciones imperantes, de modo que se pudiera comprobar plenamente si la orden había llegado a su destinatario. En nuestro país, debido al carácter maniobrero de la guerra, determinado no sólo por nuestros objetivos, sino también por el hecho de que luchamos sobre enormes extensiones de territorio, y debido a que el pensamiento de nuestros comandantes se distingue por una gran audacia e impetuosidad, el impulso de llevar a cabo incursiones se ha vuelto hasta cierto punto epidémico. Entre el plan y su real ejecución faltan a veces docenas de eslabones intermedios: hay que crearlos, hay que establecerlos, hay que tensar el alambre y atarlo con un nudo adecuado y firme; de lo contrario, todo se vendrá abajo. Hay entre nosotros, camaradas, un poco de esa vieja actitud que se expresa en el dicho: “Para qué preocuparte si ya está en la cartera”. Hoy en día, la gente dice: “está en nuestra cartera roja revolucionaria”. Pero es lo mismo, camaradas, sólo el color es diferente, en esencia no hay ningún cambio. Este es el resultado de la falta de precisión, la autosatisfacción, la falta del hábito de estudiar concienzudamente la situación real, extrayendo conclusiones y aplicarlas de forma concluyente.

Nuestros comandantes, sobre todo los más jóvenes, han cultivado, como consecuencia de la guerra civil, una actitud despectiva hacia los reglamentos. Cuando nos pusimos a redactar nuestros reglamentos, no nos los inventamos. La guerra nos había enseñado algo. En los reglamentos anteriores había un montón de basura: pero no nos jactemos, nuestro trabajo al compilar nuestros nuevos reglamentos consistió principalmente en una mera reelaboración de los antiguos.

Puede que haya algo innecesario en la normativa: se deben revisarse en función de las nuevas experiencias. Pero nadie en su sano juicio dirá que no hacen falta normas. En nuestro trabajo es necesario tener en cuenta todo lo que la experiencia ya ha

²⁰ El “enemigo” en cuestión eran los rumanos, que habían aprovechado la guerra civil rusa para ocupar Besarabia, estableciendo una frontera de facto en el río Dniéster.

establecido y, después de cada contratiempo, examinar el capítulo correspondiente del servicio de campo y reflexionar sobre “lo que me ha pasado a mí y lo que se dice aquí al respecto”, para que las normas no se queden en meros párrafos muertos, y para que la propia experiencia se refleje en ellas como en un espejo. Hay que hacerlo, pase lo que pase.

En mis informes y discursos sobre estas cuestiones, suelo empezar por un tema elemental para todo soldado: las botas. Cuando he visitado una unidad he preguntado docenas y cientos de veces: “¿Cuándo se han engrasado las botas?”. Y en ningún sitio he recibido una sola respuesta satisfactoria. Si nuestro servicio de inteligencia informara de que en el ejército rumano nunca se engrasan las botas, yo diría que ese ejército nunca llegaría a Kiev o Járkov: se quedarían antes sin botas. Sólo puede alcanzar fácilmente su objetivo aquel ejército que engrasa sus botas cuando debe. Si un historiador del futuro estudia la derrota sufrida por nuestro ejército ante Varsovia, descubrirá muchas circunstancias que la provocaron, pero no dudo de que una de las causas que señalará será la falta de betún en las botas, que, debido a la rapidez del avance, se hicieron trizas a una distancia de 300 verstas de Varsovia. Todo esto no puede sino repercutir en la moral del soldado. Esta insignificante tarea, aprender a engrasar las botas, se ha convertido ahora en un asunto de excepcional importancia. Debo decir que he insistido mucho en este aspecto, y cuando se emitió la orden que establecía que no engrasar las botas sería castigado, pregunté en cierta unidad: “¿Con qué frecuencia se engrasan aquí las botas?” “Con la frecuencia que usted quiera: todos los días, incluso”. “¿Y tienen mucha grasa?” “Oh, toda la que puedan desear”. Por exceso de celo se gastará esa grasa en poco tiempo, y entonces se marchará con las botas sin protección. No se trata, por supuesto, de realizar esta tarea sólo de vez en cuando, ya sea coser botones, limpiar fusiles, ordenar barracones o engrasar botas. El arte de educar consiste precisamente en lograr que, sin ningún esfuerzo, en cualquier circunstancia, la gente sienta preocupación por estas nimiedades y que esa preocupación se convierta en un hábito. Y para que se convierta en un hábito, hay que dar órdenes, amenazar, hacer propaganda... lo que haga falta. Esto se sentirá al principio como algo impuesto por una voluntad externa, pero posteriormente llegará a realizarse de forma automática, y así se consolidará un hábito culto.

Permitidme ofreceros otro pequeño ejemplo. Llega uno al cuartel general de una división. Los peldaños de la escalera están cubiertos de saliva y llenos de colillas, y lo mismo ocurre en el despacho del comandante de división. Pero en la pared cuelga un espléndido gráfico que muestra la disposición de las tropas; no se puede pedir nada mejor; probablemente hayan pedido prestado algún dibujante. En tales casos, me inclino a juzgar el estado de la unidad no por el espléndido gráfico, sino por la escalera cubierta de saliva y suciedad: porque, por supuesto, aunque esto es una nimiedad, es sabido que todo está hecho de pequeñas cosas.

Alguien dijo en una reunión que debemos actuar con las masas campesinas atrasadas como Pedro actuó con la noble clase servil. Tras regresar del extranjero y residir en el Barrio Extranjero, ordenó que se afeitaran las barbas. Los boyardos se sintieron muy ofendidos, y el clero escribió que estaba cometiendo un “ultraje indignante”. Pero él quería limpieza y orden²¹. Nuestra tarea es colosal: educar a masas que se han

²¹ En la Rusia anterior a Pedro, los laicos se dividían en la “clase de servicio”, es decir, los nobles, y la “clase contribuyente”, es decir, todos los demás. Cuando Pedro regresó tras sus viajes por Europa occidental, fijó su residencia en el Barrio Extranjero de Moscú (literalmente, “la Libertad Alemana”), que prefería al Kremlin, con sus asociaciones medievales. El patriarca Filaret había calificado de “indignante estupidez” el intento de un zar anterior de obligar a los nobles a afeitarse la barba para parecer más “europeos”. Pedro se salió con la suya y, hasta la llegada de Alejandro III, todos los funcionarios públicos estaban obligados a no llevar barba. Sólo a partir de 1875 los oficiales y soldados del ejército (excepto la Guardia Imperial) pudieron dejarse crecer la barba.

acostumbrado a vivir bajo las condiciones más espantosas, en un estado totalmente abatido, y que, aunque ya han enderezado la espalda, aún no han aprendido a construir.

En este trabajo, los comandantes y comisarios deben desempeñar y desempeñarán un papel muy importante. Esto supone, por supuesto, autoeducación por parte de los comandantes, autoeducación incansable, comprobación de sí mismos en nuevas condiciones, sobre la base de nuevas experiencias, trabajo diario incansable sobre sí mismos, y el desarrollo de una prensa militar y de agitación y propaganda militar. La tarea consiste en despertar el interés por las cuestiones militares no sólo entre los rangos superiores, sino también en los niveles más bajos del ejército. Hay que debatir estas cuestiones, celebrar reuniones, escribir artículos, folletos y libros.

Suponemos, por supuesto, que se producirá un avance material general en lo que respecta al ejército, en particular, y, sobre todo, una mejora de su situación material. Esta es una de las cuestiones más difíciles, dolorosas y agudas. Está estrechamente ligada a la situación económica general del país. Cualquiera que tenga ojos para ver estará de acuerdo en que, a pesar de la hambruna, hemos dado un giro a mejor: el año 1922 será más próspero que el año 1921. Por descontado que la creación de condiciones elementales de seguridad material para el hombre debe conducir a la mejora de su modo de vida en todos los aspectos, pues socialismo o comunismo no significa comunidad de pobreza, sino sólo comunidad de prosperidad, seguridad integral. Todavía estamos lejos del comunismo; deben pasar años antes de que alcancemos el comunismo, que presupone un alto nivel de desarrollo económico. Pero creo que no estamos lejos de alcanzar el bienestar elemental.

Ahora debemos crear para los comandantes condiciones en las que puedan vivir y trabajar para superarse. Cuando se plantea esta cuestión, a veces tropezamos con la objeción de que, al hacerlo, separaremos a los comandantes de los hombres del Ejército Rojo. Eso no es cierto; no se trata de una cuestión de privilegios. La cuestión es que el soldado raso del Ejército Rojo está en el ejército sólo por un tiempo, cumpliendo su servicio militar, digamos por un año o dos (sabéis, camaradas, que ahora se publica un decreto sobre el período de servicio, y tendremos que establecer un período de servicio de dos años para el futuro inmediato). Pero, en cuanto al comandante, el servicio militar es su especialidad, su profesión: en muchos casos, incluso su vocación; pero, en cualquier caso, es su profesión. Un obrero cualificado pasa sólo una pequeña parte de su vida como militar. Pero el comandante vive toda su vida bajo las condiciones de existencia de un comandante: por lo tanto, debe ser considerado como una fuerza cualificada de gran valor para el estado. A veces me dicen que los soldados del Ejército Rojo son hostiles a esta idea. Eso no es cierto, mi experiencia no lo confirma, aunque es totalmente posible hacer demagogia sobre este asunto. El buen sentido del Ejército Rojo dicta que, mientras no se creen las condiciones para satisfacer a todo el mundo, al soldado raso del Ejército Rojo le interesa que el comandante llamado a dirigirlo en la batalla se encuentre en condiciones tales que su mente esté libre para concentrarse en el trabajo del que es responsable.

Hay otra tarea importante que, dada la cooperación activa de las autoridades locales, puede producir una mejora en la situación de los comandantes. En el Consejo de Guerra Revolucionario de la República se ha planteado la idea de que cada unidad tenga su patrón, en forma de sóviet local: por ejemplo, las divisiones 51 y 56 han sido adscritas al Sóviet de Moscú. El sóviet está obligado a ocuparse de los comandantes y de los soldados de base de sus unidades. La experiencia demuestra que tales adscripciones producen resultados pequeños pero materiales, reales, en materia de alojamiento y de suministro de alimentos, ropa, etc. Pero no saldremos de nuestra difícil situación material sin reducir lo que gastamos en el ejército. Y eso presupone, por un lado, una reducción del tamaño del ejército y, por otro, una reducción de sus gastos. Se puede lograr alguna

mejora en este sentido mediante el ahorro y la economía. Nuestro ejército es, como sabéis, uno de los más despilfarradores del mundo. En ese sentido, tenemos que aprender a actuar con mayor eficiencia, ahorro y economía.

Nos encontramos en un periodo de cambio en la estructura y el desarrollo de nuestro ejército. Se está produciendo un rejuvenecimiento del ejército. Es un momento crítico. Por un lado, estamos acabando con la abigarrada mezcla de grupos de edad, pero, por otro, se están incorporando al ejército elementos jóvenes con poca experiencia, lo que significa que la experiencia militar del ejército en su conjunto disminuirá. Pero conservamos los viejos cuadros, que concentran en sí mismos la experiencia del pasado. Tenemos que mejorar la situación de los mandos y aprovechar el actual periodo de cambio para incorporar a los mejores elementos voluntarios. Pero lo más importante es el trabajo educativo y organizativo de los comandantes y comisarios, y, sobre todo, su trabajo independiente. Este trabajo no puede tener el carácter heroico del trabajo realizado en los frentes de combate durante la época de la guerra civil. Es un trabajo agotador y pesado. Es mucho más fácil realizar un acto heroico en la batalla que inspeccionar, día tras día, una escalera cubierta de saliva, exigir que se limpie constantemente, exigir que el soldado del Ejército Rojo se limpie las botas, redactar correctamente una orden y velar para que se copie cuidadosamente, se envíe como debe ser, llegue adonde debe llegar y se ejecute íntegramente y según lo previsto. Tenemos que conseguir que todo el mundo se comporte cuando no está bajo observación exactamente igual que cuando lo está. Esto puede lograrse desarrollando el sentido de la responsabilidad, lo que exige mucho trabajo. El mejoramiento y educación de los propios comandantes significa al mismo tiempo la educación de un nuevo tipo de hombre. Se nos ha puesto en una situación en la que el ejército tiene que actuar como educador de toda Rusia. Las masas más atrasadas pasarán por el ejército y serán sometidas a educación y formación. Sé y soy muy consciente de lo duro, de lo difícil que es este trabajo, en las condiciones de nuestros cuarteles sin arreglar, con raciones inadecuadas y una economía doméstica mal organizada. Es muy duro. Por lo tanto, mantener en uno mismo, día tras día, esta inquebrantable voluntad de victoria en relación con nimiedades y minucias es la forma más elevada de heroísmo, superior a la que se demuestra en la batalla. Y este heroísmo llegará.

Si no tuviéramos la esperanza de que el año que nos espera será, desde el punto de vista económico, mejor que éste, sería, por supuesto, insensato e inútil pedirnos que os exigierais a vosotros mismos y a los demás esta intensificación sistemática de vuestra voluntad de educar al Ejército Rojo. Pero ya pueden observarse atisbos de cosas mejores. La reducción del tamaño del ejército y la transferencia de un cierto número de trabajadores a la actividad económica darán un impulso aún mayor al desarrollo económico del país. La disciplina de nuestro ejército se refleja también en la disciplina de nuestra economía. Después de nuestra trágica experiencia de cuatro años, ninguno de nosotros va a esperar milagros. Pero creo que cada uno de nosotros se dirá a sí mismo que mañana será mejor y más fácil que en aquel oscuro, pesado y espantoso ayer. Esto no significa que no vayamos a enfrentarnos a duras pruebas. Ahora estamos jugando un gran juego, cuya escala aumentará continuamente. No hace mucho, la lucha se libraba ante Tula y en Kazán, y más de una vez nos vimos reducidos a las dimensiones del Tsardom de Moscovia, y en los mapas extranjeros esta república soviética de Moscovia aparecía representada en forma de calavera; parecía que se estrecharía aún más, y que Moscú, el corazón de Rusia, sería despedazado por las garras de los guardias blancos. Nos hemos extendido y estamos empezando a construir. Pero la lucha no ha terminado, y el radio de esta lucha será cada vez más largo. Nuestra marcha sobre Varsovia tenía carácter de reconocimiento. Europa y el mundo no nos dejarán en paz, y nosotros tampoco dejaremos en paz a nuestros adversarios, ni en Europa ni en todo el mundo.

El Ejército Rojo se enfrenta a tareas como nunca se ha enfrentado ningún otro ejército en toda la historia del hombre. La Gran Revolución Francesa, que fue la revolución de un pueblo de 25 millones de personas, creó un ejército que marchó por toda Europa y, aunque luego se replegó dentro de sus propias fronteras, cambió la faz de Europa²². La burguesía de hoy cuenta su cronología a partir de la Gran Revolución Francesa. Nuestra revolución es incomparablemente mayor en su alcance, en la extensión del territorio cubierto y en el número de personas sublevadas. Sus amigos son incomparablemente más numerosos y el terreno para el ejercicio de su influencia en Europa está mejor preparado. Nuestro movimiento encontrará más apoyo cuanto más avance, y el Asia atrasada, que lucha contra el imperialismo por su independencia nacional, nos apoya ya en sus nueve décimas partes.

Estoy seguro de que, después de la experiencia de la gran matanza imperialista, ninguno de nosotros, incluidos los viejos comandantes, piensa en la conquista, en la agresión imperialista. El papel del Ejército Rojo no es esclavizar a otros pueblos, sino liberarlos y conquistarlos espiritualmente. Y cuando hablo con oficiales turcos visitantes que han venido aquí como nuestros invitados, y con oficiales revolucionarios de otros países asiáticos²³, y observo en sus discursos y conversaciones el amor que sienten por la Rusia revolucionaria y por el Ejército Rojo, en el que ven a su libertador, siempre siento, una vez más, que este ejército es un gran milagro histórico, creado por las masas trabajadoras. Y es necesario que ahora, precisamente porque nuestro ejército está siendo observado desde occidente y desde oriente, hagamos gala de ese heroísmo supremo del que hablaba: necesitamos una atención heroicamente intensa a las nimiedades y a los detalles, a esos pequeños ladrillos con los que se construye una casa, para que en el momento en que las circunstancias lo exijan, y un llamamiento de nuestros amigos nos obligue, podamos decir a nuestros hermanos de occidente y de oriente: “El Ejército Rojo ha sido construido, educado, organizado e instruido, y, si necesitáis nuestra ayuda, está aquí, está listo para luchar por la causa de la liberación del mundo”.

Edicions Internacionals Sedov

Serie: Trotsky inédito en internet y en castellano



germinal_1917@yahoo.es

²² La Revolución Francesa de 1789 hizo que los estados adyacentes a Francia, que temían la propagación de la revolución en Europa, se unieran para emprender acciones militares contra la Francia revolucionaria. El 20 de abril de 1792 comenzó la guerra entre Francia y Austria, a la que se unió Prusia y más tarde otros estados alemanes, España, Cerdeña y Nápoles. Como resultado de estas guerras, de las que Francia salió victoriosa, en 1789 Francia había formado una serie de repúblicas que, aunque independientes, estaban bajo su influencia: la batava (Holanda), la cisalpina (Lombardía), la romana, la partenopea (Nápoles), la ligur (Génova) y la helvética (Suiza).

²³ La Rusia soviética y la Ucrania soviética ayudaban entonces a los nacionalistas turcos dirigidos por Kemal en su “guerra de independencia” contra Grecia.